

## La foto del carnet

■ El invento de la fotografía supuso el logro de una antigua ambición del hombre: poder fijar la realidad en forma objetiva. Antes, la subjetiva presencia del pintor tenía con su personalidad el modelo y esa objetividad pura, esa verdad desnuda, parecía imposible de aprehender. Con la nueva invención, el mecánico lente reemplazaría al ojo humano y, al fin, tendríamos reproducida la imagen verdadera de paisajes, rostros y ciudades.

En un principio, la cámara fotográfica cumplió esta misión, pero, al parecer, ella no produjo la satisfacción que se esperaba, sino, más bien, desencanto. Y el arte fotográfico evolucionó rápidamente y, con una serie de aditivos, volvió a convertirse en una visión subjetiva.

Al parecer, la realidad objetiva no nos complace.

Si ustedes observan una fotografía en colores, verán que nunca en la realidad se da la brillantez de esos verdes, esos rojos o esos amarillos. La naturaleza no es equiparable al producto del Kodakcolor o el Agfacolor. Un lente gran angular da un marco de visión mucho mayor que el que corresponde a nuestra vista normal y una iluminación sabiamente distribuida es capaz de darnos una imagen que jamás lograremos con la luz natural. Modernos procedimientos de desarrollo fotográfico son capaces de dar a la imagen relieves y formas que el ojo humano jamás concibió y un encuadre preciso es capaz de excluir algunos detalles de la realidad que vemos y que no quisiéramos ver.

Todo esto no se produce con las fotografías "al minuto", aquellas a las que recurrimos apresuradamente para un carnet o un pasaporte y, por eso, yo, al menos, no he conocido a nadie que muestre orgulloso la foto de su carnet de identidad o de su pasaporte. Todos reclaman que en esas fotografías están irreconoci-

bles, que el fotógrafo se ensañó con ellos, que la imagen que ahí aparece no les pertenece. Y, sin embargo, si la policía nos busca, la forma que tendrán para identificarnos no será esa fotografía de estudio sabiamente retocada, ni aquella otra "instantánea" largamente posada, con la sonrisa que rara vez lucimos, la barriga pegada al espinazo y el gesto que a escondidas hemos ensayado ante el espejo, sino justamente por la imagen que está en nuestro carnet o nuestro pasaporte.

Es por eso que la máquina fotográfica, creada e inventada para reflejar la realidad en forma objetiva necesitó rápidamente desarrollar nuevas tecnologías que falsearan la realidad. De lo contrario, habría pasado muy rápidamente a ingresar a la larga lista de las invenciones humanas descartadas por inservibles.

Dice Anatole France que lo real sólo nos sirve para construir, mejor o peor, un poco de ideal, y eso es lo que hoy hace un sabio fotógrafo con su cámara en la mano. No le pedimos a él que nos devuelva ni nuestra propia imagen, ni la de los seres queridos, ni la de los lugares que amamos, sino que busque la forma de idealizarlos, de mostrarnos no lo que somos, sino lo que queremos ser; no como nos ven, sino como queremos que nos vean.

Este tópico, por lo demás, es viejo como el tiempo. Ya Quevedo nos cuenta en un romance de picarescos versos el caso de una vieja fea y desdentada que mirándose a un espejo, lo arrojó con furia, para terminar con este consejo:

"arrojarse la cara importa  
que el espejo no hay por qué".

Habría que tener presente esos versos de Quevedo, la próxima vez que protestemos por la imagen que nos entrega nuestro carnet de identidad.